

ROMANTICISMO E HISTORIA NACIONAL

MANUEL MORENO ALONSO
Universidad de Sevilla

La *historia nacional* se construye durante el Romanticismo. Una de las más originales actitudes del romanticismo decimonónico fue su atracción por la historia, que llega a hacer de ésta, casi en exclusividad, una de las principales razones de su definición y esencia peculiar¹. Por otro lado, el Romanticismo no es sino la ideología de la nueva sociedad que, surgida tras la revolución francesa y las guerras napoleónicas, expresa la concepción del mundo de una generación que no creía ya en ningún valor absoluto². De donde la necesidad de construir el presente y el futuro sobre el pasado, esto es la historia como única garantía para la construcción de un nuevo tiempo. Por esta razón, en España, el romanticismo histórico se inicia, en verdad, en 1808, fecha en la que puede darse por finalizada la fase prerromántica³. A partir de entonces, y junto con la lucha por la liber-

¹ En opinión del historiador J. Vicéns Vives, el romanticismo existió primero en cuanto hecho social general, más o menos difusamente manifiesto, y luego como mentalidad propia de una o dos generaciones («El romanticismo en la historia», en *Obra dispersa*, Barcelona 1967, t. II, pp. 324 y ss.

² Cfr. A. Hauser, *Historia social de la literatura y el arte*, Madrid, ed. 1968, t. II, p. 349.

³ Manuel Moreno Alonso, *La generación española de 1808*, Madrid, Alianza Editorial, 1989 p. 222.

dad, la historicidad se convierte en un estado permanente de sensibilidad siempre presente en los hombres de aquella generación⁴.

EL ROMANTICISMO COMO FENÓMENO HISTÓRICO

Al comenzar el siglo XIX, los principios esencialmente románticos -resurgimiento del principio de libertad de hacer, interés por el pasado medieval y por el presente, subjetivismo, colorido- parecían próximos a triunfar. Sin embargo, durante casi un tercio de siglo -hasta 1830, aproximadamente- el romanticismo español pasó por una fase inerte. Y mientras en Francia, el movimiento romántico hacía grandes progresos, el desenvolvimiento de la literatura española quedó estancado casi por completo. Como escribió Mesonero Romanos, al describir aquellos años: las letras quedaron envueltas en una densa nube⁵. Pero como quiera que fuera, comenzaba entonces el período histórico que iba a caracterizar la España romántica y, por ende, el romanticismo español. Tenía razón Alcalá Galiano al señalar que es gravísimo error creer que el gusto literario no tiene que ver con el estado de la sociedad en que reina⁶. Gusto éste -una mentalidad, una forma de sensibilidad, un conjunto de preocupaciones- que, iniciado entonces se prolonga hasta la nueva ruptura histórica de 1868. Período éste de la historia nacional -1808-1868- que ofrece, con relación a las características históricas de la época un cuerpo más homogéneo, en que van a nacer, vivir y morir nuestros románticos más representativos. Y en el que verdaderamente va a construirse la nueva historia nacional.

En este sentido, el análisis de la sociedad española, de la economía y de la política durante los dos largos primeros tercios del siglo -los años que transcurren entre la guerra de la Independencia y la revolución del 68, caracterizados como una época de contradicciones, altibajos y dificultades- nos puede ayudar a entender mejor los afanes y preocupaciones, también su mentalidad, del hombre romántico, así como sus manifestaciones culturales, literarias, e historiográficas. A lo largo de este tiempo la construcción de la historia nacional,

⁴ Sobre la debilidad del movimiento romántico español independientemente de la tradición romántica nacional, cfr. E. A. Peers, *Historia del movimiento romántico español*, Madrid, 1973 (reimpresión de la edición de 1954), II, 457 y ss.

⁵ *Memorias de un setentón*, en ed. de BAE, Madrid, 1967, t. V, p. 157.

⁶ Prólogo a «El Moro Expósito», del Duque de Rivas, *Romances*, Madrid Clásicos Castellanos, 1953, t. II, p. 259.

en su sentido historiográfico, corre paralela a la evolución histórica del país, de una parte, y de otra, a la implantación progresiva de la nueva y cada vez mayor sensibilidad historicista. En este sentido, los periodos que cabe destacar de todo este tiempo histórico serían, el primero, de 1808 a 1833, correspondiente a la España fernandina, entretanto el romanticismo surge a duras penas; el segundo periodo sería el llamado de las Regencias -de María Cristina de Nápoles y Espartero, entre 1833 y 1843-, que supone el triunfo álgido del romanticismo; y, finalmente, el tercer momento estaría constituido por el largo reinado de Isabel II (1843-1868), que supondría, de una parte, el progresivo decaimiento hasta su ruina del movimiento romántico, y de otra, la afirmación definitiva de la historia nacional.

EL FENÓMENO HISTORIOGRÁFICO

Verdaderamente es la historicidad y la preocupación omnipresente por el pasado lo que caracteriza en gran medida el romanticismo. Ni antes ni después ha existido una sensibilidad, y una corriente de pensamiento, que haya polarizado el interés por el pasado como en el Romanticismo, en donde la historia se erige en principal elemento de esa sensibilidad. El pasado adquiere conciencia de actualidad. Y la historia se vive en la medida en que el pasado constituye el presente. Actitud ésta que caracteriza a todo el movimiento romántico y a toda la era romántica en cada una de sus manifestaciones. Por ello el romanticismo, desde el primer momento, adquiere un sentido y un valor de fenómeno historiográfico. Con la particularidad de que esta preocupación historiográfica no tiene más límites que los nacionales. La historia nacional es, en todo lugar y momento, y en todo tipo de manifestación, el verdadero denominador común que inspira por encima de todo la creación y el hacer románticos. La transformación de la conciencia del tiempo afecta tanto a la vida interior del hombre como a la de los miembros de la nación y a su visión de la historia⁷.

Así las dos mayores aportaciones del romanticismo como fenómeno historiográfico fueron, por una parte, la preocupación historicista tan diversamente puesta de manifiesto, fruto de un nuevo modo de entender la duración, y por otra, el original y peculiar modo -plenamente romántico- de acercarse a la historia, al pasado, y a la realidad temporal, en definitiva. Pues, en este sentido, los románticos tendían a considerar el pasado en cuanto tal con admiración y simpatía, dado

⁷ Max Milner, *Le romantisme (1820-1843)*, París 1973, p. 77.

que admiraban o simpatizaban con estos o aquellos logros porque reconocían en ellos el espíritu de su propio pasado, valioso para ellos porque era suyo⁸. Y ello fue posible por el ensanchamiento del horizonte de la historia a través de una investigación de las épocas ensombrecidas por la Ilustración, así como por el surgimiento de una nueva conciencia que ya no concebía a la naturaleza humana como algo uniforme e inmutable.

Como fenómeno historiográfico, el romanticismo es ante todo un fenómeno nacional. De aquí que en Europa puedan considerarse tantos romanticismos como naciones. Y si, precisamente, hay un denominador común a todos los romanticismos, éstos están caracterizados, pese a la existencia de mutuas interinfluencias, por motivos netamente nacionales. La historia, en vez de universal como en la Ilustración, se hace nacional. La geografía, por consiguiente, constituirá el marco de esta nacionalidad, cuyo desarrollo histórico la individualiza. Y esto es lo que tiene lugar plenamente con la historiografía española. Pues el interés de nuestros románticos difícilmente traspasará nuestras fronteras Y, en numerosos casos, nuestras internas regiones geográficas. La historiografía, al igual que las diversas manifestaciones literarias halla campo abonado en la propia historia nacional, desde la más remota a la más reciente.

LA HISTORIOGRAFÍA DE CARÁCTER FICTICIO E IMAGINATIVO

Durante el romanticismo no existió nunca una clara conciencia a escala general de las diferencias existentes entre la historia propiamente dicha y la historia de carácter literario. La historia como tal era sólo una parte o un tipo peculiar de literatura. De aquí que, en no pocas ocasiones, los historiadores, incluso los profesionales, incurrieran a menudo en el cultivo de una historia totalmente imaginativa y de carácter ficticio. Por otro lado la literatura busca su inspiración en la historia hasta el punto de presentar ésta un carácter, si bien literario por la forma, totalmente histórico en el fondo, ya por el argumento ya por la inspiración en temas históricos del pasado. Además, el romanticismo, por definición, es extraordinariamente propenso, por su peculiar colorismo, a mezclar lo real, lo imaginativo, con el brillo y el color

⁸ R. G. Collingwood, *Idea de la historia*, México, 1968 (3ª ed. en español), p. 94.

del estilo⁹. Y no cabe duda de que, en lo que respecta a esto, llegaron a cometerse grandes dislates¹⁰.

Desde luego el romanticismo fue pródigo en considerar la historia como una forma literaria, aunque en realidad más que teorizar sobre este aspecto, lo que hizo fue ponerlo en práctica. Así Macaulay expresaba en pleno romanticismo que la historia comienza por la novela y termina por el ensayo, del mismo modo, y a la vez que su contemporáneo Carlyle afirmaba que la historia después de todo es la verdadera poesía¹¹. Incluso, muchos años después, hasta el positivista alemán Bauer reconocería que para una investigación, propiamente dicha, tendrá valor el perseguir la relación entre la ciencia histórica y la poesía histórica, conocer cómo han actuado ambas, una al lado de la otra, en su fecundación mutua y en su sustitución recíproca, y de qué manera, situadas las dos, en parte, bajo las mismas condiciones de vida, llegan a una evolución formal idéntica o semejante¹².

Dado que la historia se constituye en la principal inspiración de sus manifestaciones literarias, la literatura experimenta un auténtico vértigo hacia el pasado. En su *Genio del Cristianismo*, Chateaubriand apelará a las fuentes de inspiración histórica para rehabilitar literariamente la Edad Media y el arte gótico, lo que suscitará a la larga la vocación histórica de Augustin Thierry. Y, de cualquier forma, durante el romanticismo, en cualquiera de sus manifestaciones nacionales, los distintos géneros literarios -la novela, el teatro, la poesía- encuentran en la historia no sólo acontecimientos e incluso motivos sino que todas estas manifestaciones literarias toman a la historia por sujeto. Hasta el punto de que la historia -el sentimiento del tiempo pasado, que no elimina por completo el del presente- se convierte en un mito que propone una interpretación para hoy o para mañana¹³.

⁹ En realidad, fue con posterioridad al romanticismo cuando las relaciones entre la historia y la literatura atrajeron la atracción preferente de los tratadistas, aunque, por otra parte, el problema de estas relaciones era viejo. Los antiguos -con Aristóteles, con su *Poética*, a la cabeza- ya distinguieron lo histórico de lo puramente literario. Y bien conocido es que el historiador Polibio se burlaba de los que componían tragedias sacándolas de la historia, pese a que, con los argumentos de hoy, esta buria bien pudiera discutirse.

¹⁰ Según el testimonio de Benedetto Croce, el famoso helenista francés P. L. Courier, en los primeros años del romanticismo, escribía aquello de que todas estas tonterías a las que se llama historia, sólo pueden tener algún valor arregladas con buen gusto, y que lo mismo daba dejar que Pompeyo ganara la batalla de Farsalia si con esto se pudiera redondear la frase (*La historia como hazaña de la libertad*, México, ed. 1962, p. 8).

¹¹ Cfr. Manuel Moreno Alonso. *Historiografía romántica española*. Sevilla, Publicaciones de la Universidad, 1979, p.71.

¹² W. Bauer, *Introducción al estudio de la historia*, ed. de Barcelona, 1957.

¹³ J. Y. Tadié, *Introduction à la vie littéraire du XIXe siècle*, Paris, 1978, p. 57.

Como en el resto de Europa, en España, la literatura, en todas sus manifestaciones encuentra su foco de inspiración en la historia, y, por supuesto, en la historia nacional. La historia de España se ofrecía pródiga en relatos y temas puramente románticos en donde encuentran inspiración hasta los románticos extranjeros. Para el Duque de Rivas sus Romances históricos y sus Leyendas son galerías de cuadros de la historia nacional, ya con intención patriótica ya con interés de recordar literariamente escenas y hechos del pasado remoto de España¹⁴. En todas las partes del país se extiende este gusto por recrear la historia nacional. En Cáceres, en el discurso de apertura del curso de Humanidades que pronuncia Donoso Cortés (1829) se nace referencia expresa al nuevo espíritu que cundía por Europa, y en donde el nuevo tipo de narrar noveladamente la historia, propio de Walter Scott¹⁵, era su manifestación más representativa¹⁶.

Este interés sin precedentes por la historia en la literatura ha de buscarse en los acontecimientos históricos vividos en el continente en el tránsito del siglo XVIII al XIX. Quintana, por ejemplo, detecta pronto este carácter de propensión hacia la historia a través de la literatura. Y cuando intenta explicar que el afán de dar veracidad histórica a los relatos es una constante de la historia de la literatura nacional desde la epopeya nacional hasta su tiempo, no duda en señalar que la producción literaria quiere a la vez hacer historia y poesía, por lo que sacrifica las galas de la ficción a la calidad de los verídicos¹⁷.

El interés por la historia nacional se concreta en una mayor preferencia hacia determinadas épocas o temas en virtud, muchas veces, de la atracción hacia lo exótico o el «color local» propios de la nueva sensibilidad. Pero, también, en buena parte, esta revivencia del pasado es herencia de la tradición épica castellana en cuyas fuentes bebe inspiración. Así las leyendas medievales, continuadas a veces por la literatura del Siglo de Oro, están en la base de esta inspiración romántica que mueven a sus protagonistas a escoger estas épocas o estos temas fundamentalmente porque hay una tradición hacia ellos

¹⁴ Vid. L. A. de Cueto. «Discurso necrológico literario en elogio del Duque de Rivas» en Memorias de la Academia de la Historia, t. II, p. 531.

¹⁵ En 1825 apareció la primera versión española de Ivanhoe y El Talismán, por el emigrado José Joaquín de Mora, que merecieron elogios de Blanco White, Alcalá Galiano y Andrés Bello en el Repertorio Americano.

¹⁶ Para Donoso, Scott -al revelar el carácter de su tierra escocesa y las costumbres de sus padres- es el que mejor ha probado que la aridez de los hechos debe revestirse con el encanto de las invenciones, y que la amable sonrisa de la fábula puede hacer interesante la verdad. (Cfr. I. M. Zavala, Ideología y política en la novela española del siglo XIX, Salamanca, 1971, p. 28).

¹⁷ M. J. Quintana, Obras, ed. BAE, vol. XIX, p.159.

que el romanticismo hará pervivir¹⁸. Por ello el romanticismo, propiamente, no presenta ninguna innovación en este terreno. Incluso en plena época ilustrada española, la pervivencia de la tradición se vio revivida ante los ataques de extranjeros, tales como los de Gírolamo Tiraboschi en su *Storia della letteratura italiana*, o Masson de Morvilliere en la *Encyclopedie Methodique* (1772), que suscitó por parte de los escritores españoles una revalorización indiscutible de aquélla, medio siglo antes del auge romántico en España¹⁹.

Desde luego, la época que más atrajo la atención del romanticismo fue la medieval, en cuya vulgarización ejerció un papel destacado la temprana aparición de *El Europeo*²⁰. El teatro (*La Conjuración de Venecia*, *Macías*, *El Trovador*, *Elvira de Albornoz*, *Los amantes de Teruel*, *Doña María de Molina*, *Don Fernando el Emplazado*, *El Rey Monje*), y por último la novela (desde la publicación de la primera novela histórica *Ramiro, conde de Lucena* en 1823) se encargarán posteriormente de la divulgación de los temas de moda de la historia nacional. Las leyendas sobre Pelayo, las hazañas de los héroes semilegendarios como Fernán González y Bernardo del Carpio, las proezas del Cid, la cristianización del Mediodía de España, la expansión de Cataluña y Aragón, o la reconquista de Granada constituirán los temas favoritos de la historia nacional que se está construyendo, de forma posiblemente inconsciente, en la mentalidad de los contemporáneos.

LA GENERALIZACIÓN DEL CONOCIMIENTO HISTÓRICO

Durante el romanticismo la historia se constituye en la medida de todas las cosas. La literatura en sus más diversas manifestaciones generalizó el uso y el abuso de la historia a unos niveles que trascen-

¹⁸ Según R. Navas-Ruiz, la pervivencia de la tradición áurea quedó garantizada a lo largo del siglo XVIII por varios hechos. Las polémicas sobre su valor, especialmente con referencia al teatro, aseguraron entre 1737, fecha de la *Poética* de Ignacio Luzán, y 1785, fecha del *Teatro español* de Vicente García de la Huerta, el conocimiento de los escritores del Siglo de Oro, y ya por denigrarlos ya por alabarlos se mantuvo vivo su recuerdo. La representación del teatro nacional en versión original o en refundiciones facilitaron la actualidad de sus formas y de algunos de sus temas (*El Romanticismo español. Historia y crítica*, Salamanca, 1971, p.18).

¹⁹ Cfr. Richard Herr, *España y la revolución del siglo XVIII*, Madrid, 1971, p.190.

²⁰ Según Allison Peers este interés, cada vez más intenso, empezó a cobrar traza de movimiento a partir de 1800, si bien no había aún un programa ni plan de acción común. La aportación de *El Europeo* consistió, en este sentido, en insertar contribuciones valiosas en forma de investigaciones o críticas sobre temas literarios (op. cit., t. I, pp. 168-169).

dían con mucho al saber de las minorías. De donde el interés general por el pasado y, particularmente, por la historia nacional. Por ello, y con razón, el siglo XIX, es el siglo de la historia. De todas las artes, ciencias o letras ninguna fue del dominio público como la historia, lo mismo presente en los discursos de políticos, que en las conversaciones de las tertulias, que en los periódicos, que en la enseñanza, que en las Academias o que en las historias particulares de los pueblos²¹. La consideración que se tiene para con la historia la refleja muy bien Sempere y Guarinos:

Ninguna parte de la literatura hay tan capaz de ser tratada siempre con utilidad y novedad, como la historia. Esta utilidad y novedad puede estar, o en las cosas o en su colocación, o en las reflexiones que se le añaden. La historia, por sí misma, no es otra cosa más que la narración de los sucesos, dichos o hechos, y de todas las demás cosas pasadas o existentes. Puede tener otro fin más noble que es el de enseñar a los hombres a vivir, y a manejarse. Puede ser una escuela prácticamente moral, de Religión, de Política, de Economía, de Filosofía. y de otras ciencias semejantes, conforme al asunto de que trata²².

La nueva historia tiene que ver mucho naturalmente con la mentalidad, liberal más que burguesa, que se impone tras la crisis del Antiguo Régimen. De aquí que la historia -y particularmente la historia nacional- sea patrimonio, sobre todo, de la nueva clase media que empieza a predominar: profesores, magistrados, funcionarios civiles o militares, profesionales liberales etc. Y, bajo su patrimonio, se produce el nacimiento de la historia civil en oposición a la historia de otros grupos privilegiados (eclesiásticos y guerreros). Desde su comienzo, en la crisis finisecular, la nueva historiografía dará así cabida en su concepción de la historia a la industria, agricultura, aspectos demográficos, aspectos todos ellos fundamentales de la verdadera historia nacional. Con la particularidad de que, en la nueva época, los nobles y eclesiásticos que, con mayor excepción, escriben sobre temas históricos, se hallan estrechamente ligados a la nueva organización social, tales los casos por ejemplo del Conde de Toreno, Duque de Rivas, Muñoz Maldonado, o Martínez Marina o Llorente. Y, por si fuera poco, hasta los principios de libertad e igualdad, desde la Revo-

²¹ En mi *Historiografía romántica española*, cit., me he ocupado de estos aspectos, así como de otros tales como la naturaleza de la nueva historiografía, su conocimiento y aprendizaje, su temática histórica y géneros diversos (pp. 172-445).

²² Reflexiones sobre el buen gusto en las ciencias y en las artes. Madrid, 1782, pp. 54-55.

lución del 69, se convierten, aparte de punto de arranque de todo el liberalismo, en piedra de toque de la nueva historia²³.

De ser la historia una enseñanza de reyes, en el s. XIX aquélla pasa a ser una enseñanza de todos los ciudadanos. Desde que los reyes no son los únicos árbitros de las naciones, desde que los pueblos han aspirado también a ser absolutos, la historia debe escribirse para todos, porque todos tienen que aprender de ella... llega a decir en la Academia de la Historia un miembro de ésta²⁴.

Sentido de la historia éste, que era compartido por el mismo don Luis López Ballesteros, quien, en el discurso de contestación al anterior puso bien de manifiesto que abrazaba sobre todo el pensamiento de que la historia debe escribirse para las distintas clases de la sociedad²⁵.

LA HISTORIA NACIONAL

El tipo de historia menos cultivado por la historiografía romántica es el de la historia universal, o la historia de los pueblos o naciones extraños. La idea de Alberto Lista de que no bastaba contentarnos con los elementos de la historia de España²⁶ tiene escasos seguidores. La historia por excelencia -la que se escribe y la que se lee- es, naturalmente, la nacional. El nacionalismo será un factor importante en la potenciación de esta historia. En toda Europa la historiografía se hace nacionalista, a la vez que se impone el interés por lo que se refiere casi exclusivamente a lo de dentro de las fronteras nacionales, es decir, a lo nacional. Cos-Gayón, al escribir su Historia de la administración pública de España atacará, precisamente, a la historiografía francesa, con Chateaubriand a la cabeza, por haber considerado éste a España como satélite de Francia²⁷.

²³ M. Moreno Alonso, La Revolución francesa en la historiografía española del siglo XIX, Sevilla, Publicaciones Universidad, 199, pp. 197 y ss.

²⁴ José de Zaragoza, Discurso sobre los sistemas históricos, 12 abril 1852. Discursos leídos en las sesiones públicas de la Real Academia de la Historia, Madrid, 1852, pp. 5-6.

²⁵ Contestación al discurso de D. José de Zaragoza, cit., p. 35.

²⁶ Discurso en el Colegio de Humanidades y filosofía de San Diego de Sevilla en la conclusión de los exámenes públicos de dicho Colegio en 1845, Sevilla, Imp. de Añena, 1845, p.14.

²⁷ F. Cos-Gayón, Historia de la administración pública de España en sus diferentes ramos de derecho político, diplomacia, organización administrativa y hacienda, desde la dominación romana hasta nuestros días. Madrid, Imp. J. Villetti, 1851, p.181.

Durante el romanticismo se multiplicará infinitamente el número de historias nacionales, cuando al comenzar el nuevo siglo se carecía absolutamente de ellas, excepción hecha de la de Mariana. Y lo decía don Modesto Lafuente, el autor de la más famosa historia de España escrita durante el siglo XIX:

Hacíase sentir ya demasiado la falta de una historia general de España. La nación que de tantos desmembrados reinos había logrado convertirse en una sola y vasta monarquía, la nación que dominaba en la mitad de Europa, y se había hecho señora del nuevo mundo, no había tenido un ingenio que, penetrando atrevidamente en el confuso laberinto de los alumbrantes materiales que andaban diseminados, los reunieran y ordenara, y se redujera a un cuerpo de historia...²⁸

La nueva historia nacional, fruto de la nueva época, poco tenía que ver con las anteriores historias generales de España, aparte de la de Mariana: la Sinopsis histórica de Ferreras²⁹, la Historia crítica de Masdeu³⁰, o el Compendio histórico cronológico del P.Ortiz³¹, escritas en el siglo anterior. Pues, según el decir del mismo Lafuente, todas estas anticuadas obras, no llevaban las condiciones que los progresos literarios, el gusto de la época y las nuevas necesidades intelectuales reclaman hoy en las obras de este género³². Y, en efecto, numerosas serán las obras que, lo mismo por parte de historiadores españoles que extranjeros, se dedicarán exclusivamente a la historia nacional de España entonces en construcción³³.

Por otra parte, dentro de la historia nacional, fue la de sucesos particulares -limitada a la narración de sucesos parciales o periodos concretos de su existencia- la que polarizó la atención tanto de los autores como del público, de acuerdo con la tradición hispánica. Refiriéndose, por ejemplo, al periodo medieval, Gil de Zárate dirá que

²⁸ Historia general de España desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, Madrid, 1850, I, xi-xii.

²⁹ Ferreras, Sinopsis histórico-cronológica de España. Madrid, 1700-1727, 16 vols. Alcanza hasta la muerte de Felipe II en 1598. Se halla continuada en un corto periodo por D. Cipriano Moscoso.

³⁰ J. F. Masdeu, Historia crítica de España y de la cultura española, Madrid, 1783-1805, 20 vols.

³¹ J. Ortiz y Sanz. Compendio cronológico de la historia de España, Madrid, 1795-1803, 7 vols.

³² Modesto Lafuente, Historia General de España, I, xv.

³³ Para la relación de autores españoles (Eugenio de Tapia, Juan Cortada, Alcalá Galiano, Martínez de la Rosa, Antonio Cavanilles...) y extranjeros (Dunham, Romey, Du-Hamel...) que hacen historia nacional, vid. mi Historiografía romántica española, pp. 316 y ss. E igualmente para lo relativo al cultivo de los géneros histórico (bibliografía, geografías, memorias...) y obras y biografías de los distintos historiadores, pp. 357-573.

La imaginación se complace hoy día en renovar los recuerdos de la Edad Media. Sus tradiciones, sus costumbres, sus aventuras, sus monumentos tienen para el público un atractivo que no se puede negar. Véase la literatura y las artes, véanse las novelas, las historias, las poesías de esta época; véanse hasta los almace- nes de muebles, por todas partes se encuentra la Edad Media, por todas partes ocupa el pensamiento, recrea el gusto y sirve a satisfacer, ora las necesidades, ora los placeres intelectuales de nuestros contemporáneos³⁴.

Lo mismo que podría decirse de cualquiera de los aspectos cons- tituyentes de la historia particular propiamente dicha, que ahora se reviste con el lenguaje y con el gusto, romántico, de la época³⁵. Evi- dentemente la historia nacional se construye de forma particular, des- de las de los reinos y provincias, hasta las de las instituciones religio- sas u otros asuntos de interés para aclarar nuestra historia, en palabras de Lafuente.

Dentro de la nueva historiografía de carácter eminentemente na- cional, el cultivo de la historia regional o local ocupa un lugar sobresa- liente. El romanticismo supuso el despertar de una conciencia regio- nal dentro de los límites nacionales que dio lugar, a la larga, a un auténtico renacimiento de las literaturas regionales. Cultivadores, in- cluso, de la historia nacional, de tipo general, insistieron en la necesi- dad de estudiar la historia de pueblos y ciudades. Según Gonzalo Morón,

Hay sobre todo necesidad de abstenerse de juzgar nuestro país por rasgos generales, porque aunque el fondo de nuestra civiliza- ción es idéntico, todo es parcial, vario y distinto en las provincias, sin que hayan destruido esta variedad los más calculadores golpes de autoridad de Felipe II y Felipe V, y los remedios y desacertadas medidas de las épocas constitucionales³⁶.

Durante el romanticismo la historia se constituye en piedra angu- lar de la creciente conciencia nacionalista que, en el caso de España, se produce en sus regiones. Regionalismo e historiografía son dos elementos íntimamente unidos en el romanticismo. Sin embargo, este regionalismo no solo encuentra su manifestación en las regiones his-

³⁴ A. Gil y Zárate, *Introducción a la historia moderna, o examen de los diferentes elementos que han entrado a constituir la civilización de los actuales pueblos europeos*, Madrid, Imp. Repullés, 1841, p.12.

³⁵ Según Lafuente, en el siglo presente es cuando algunos celosos e ilustrados ingenios han procurado levantar de su prostración este ramo de nuestra literatura, y alcanzado honroso nombre y merecida fama de reinos o provincias, de dominaciones o de reyes...(I, xiv).

³⁶ F. Gonzalo Morón, *Curso de historia de la civilización española*, Madrid, 1841, I, 48.

tóricas (antiguos reinos) sino en un determinado localismo, de comarca o patria chica³⁷. En su Historia de Cataluña, Víctor Balaguer señalará que

La historia particular, especial, de las diferentes nacionalidades que forman hoy el núcleo de la patria común, merece ser estudiada muy detenidamente y debe fijar la atención de los hombres pensadores³⁸.

Y, en efecto, fue así cómo al final del romanticismo siguió construyéndose la historia nacional³⁹. En todo este proceso la aportación romántica fue fundamental.

³⁷ En 1858 apareció el Diccionario bibliográfico-histórico de los Antiguos Reinos, Provincias, ciudades, Villas, Iglesias y Santuarios de don Tomás Muñoz Romero.

³⁸ Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón, Barcelona, 1861, I, 5.

³⁹ Vid. M. Moreno Alonso, «El sentimiento nacionalista en la historiografía española del siglo XIX», en *Nation et Nationalités en Espagne*, París, 1985, 63-122.